

Editorial

TRES REALIDADES HACEN la infelicidad humana: el cuerpo, la naturaleza y los otros. El cuerpo: porque nos atormenta su fragilidad, sus impulsos imprudentes, sus tenaces quiebres por las enfermedades y su inexorable decadencia, que nos recuerdan nuestra condición de mortales.

La naturaleza, porque cuando desata su furia inflexible, aposentada en los cuatro elementos (agua, tierra, aire y fuego), nos recuerda que los seres humanos llegamos a este planeta en el momento en que los componentes físicos —en el sentido más amplio de la palabra— y orgánicos (virus y bacterias incluidos), ya tenían su señorío.

Los otros, porque toda relación con el prójimo tiende a estar atravesada por los conflictos. Esto es así desde los orígenes, y los orígenes —desde el punto de vista de Freud— se remontan a la infancia, cuando todo ser humano requiere de un “asistente ajeno”, pues ningún infante puede sobrevivir por sí solo, situación misma que ya constituye una realidad conflictiva.

Como se recordará, Sartre hace decir a uno de sus personajes en *A puerta cerrada*: “el infierno son los otros”; una frase sin duda terrible y provocadora, contraria a la doctrina cristiana. Pero hay un fondo de verdad. Desde pequeños nos educan para desconfiar de los otros (“nunca hables con extraños”). Hemos de sospechar del prójimo. Al hacerlo se instala en nosotros el miedo al sospechoso. La presencia del otro se



Max Schreck, *Nosferatu* (Hulton Archive/Getty Images)

convierte en miedo a su presencia y, en ocasiones, a su ausencia. Lo que resulta más difícil de admitir es que esta suerte de pedagogía de la sospecha y del miedo brota del mundo aparentemente más seguro: en el seno de la familia. Freud mostró cómo lo ominoso está ligado siempre, y paradójicamente, a lo más familiar.

Antes que las ciencias del comportamiento, incluso antes que el psicoanálisis, ha sido la literatura la que ha logrado penetrar en los misterios insondables del corazón y la mente humanas. Las que llamamos obras maestras nos revelan siempre aquellos aspectos profundamente humanos que alcanzan categorías universales, permanentes. Y así con la literatura, como con el resto de las artes. Los mayores horrores conocidos se han descrito en páginas que son inmortales.

En este número de *Casa del tiempo* nos aproximamos a esos sentimientos y esas pasiones que ejercen en nosotros una fascinación extraordinaria, como es extraordinaria —en todos sentidos— la creación artística. Es una manera de estar en el mundo y no sólo de habitarlo. ■■

Walter Beller